

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

¡SEÑOR! ¡QUE VEAN!

¡Triste cuadro contemplan nuestros ojos: grandes y chicos, ricos y pobres, desvalidos y poderosos, todos gritan y claman hoy a un tiempo mostrándose los puños y amenazando degollarse unos á otros.

—¡Descamisados!—rugen unos.

—¡Ladrones!—ahullan otros.

—¡Envidiosos!—dicen los de acá.

—¡Egoistas!—repliegan los de allá.

—¡Os degollaremos!

—¡Os aplastaremos!

—¡Tenemos petróleo!

—¡Nosotros metrallas!

¡Pero señores!, ¿qué es esto?, ¿y la civilización?, ¿y la cultura?, ¿y la humanidad?, ¿y el progreso?, ¿y la filantropía?: ¿qué se ha hecho de tan hermosos cachivaches?: ¿Qué se ha hecho de aque-
Ma Jauja en que ivamos á vivir todos los mortales en cuanto derribásemos los conventos y sustituyésemos los campanarios de las iglesias por las chimeneas de las fábricas de vapor?

¡Hojas del árbol caidas

juguete del viento son!

Las castañas ofrecidas

salieron todas faldidas

y con solo el cascáron.

En efecto, la situación moral y material porque atraviesa el mundo no puede ser más deplorable: jamás se han conocido más adelantos ni menos virtudes, más progresos ni menos pan.

¿Qué creerán ustedes que ha ocurrido hace pocos días en París, la llamada metrópoli de la civilización; la ciudad de la industria, de las artes, de las torres que llegan al cielo y de las libertades que llegan al infierno?

Pues ha ocurrido que en solo dos días han muerto varias personas por falta de un poco alimento que llevarse á la boca.

La *Croix*, periódico parisien, cita algunos hechos que ponen los pelos de punta.

Hace pocos días, (martes por cierto) en el muelle de la *Magisserie*, un anciano harapiento caía desvanecido sobre un banco: la muchedumbre se arremolinó para contemplar el cuadro.

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?—preguntaban todos.

—Es un anciano, atacado de un desmayo.

—Que traigan un poco de vino, dijeron unos obreros.

—Es que tiene hambre, dijo una mujer.

Entonces llegó corriendo una muchacha trayendo una taza de caldo que le habían dado en un almacén próximo.

—¡Padre! ¡Padre mío! dijo, tome usted.

—Es tarde, balbuceó el anciano casi dando las boqueadas.

Después se estremeció, rodó desde el banco al suelo y quedó completamente muerto.

Registrados los bolsillos del difunto en la oficina de la policía, resultó ser un antiguo médico de la armada llamado M. Carlos Lefebre.

¿Verdad que el hecho es horroroso? Pues lo peor que tiene es que no es aislado, si no que constituye al eslabón de una largísima cadena.

En la misma tarde de aquel día, en la calle de Cristina, moría también de hambre una pobre señora de setenta y cinco años de edad, persona buenísima al decir de los vecinos y que pertenecía á una rica y noble familia. Reducida á pobreza, vivía de su trabajo; más faltóle éste ó le faltaron las fuerzas y se la encontraron muerta de inanición en su pobre cuarto.

Al día siguiente, miércoles, en la calle de Dassaubs, los inquilinos de una casa notaron un fuerte tufo á carbon: sospechando otro desastre, buscaron y hallaron en una bohardilla á dos viejos, marido y mujer, que faltos de pan de religión y de paciencia, habían encendido un hornillo, habían cerrado herméticamente su cuartucho y se habían dejado morir de asfixia.

En el mismo miércoles, en la calle de Saintonge, ocurría otra escena parecida. Una madre de unos cincuenta años de edad y un hijo de treinta y dos, desfallecidos de miseria por no encontrar trabajo durante dos meses seguidos, se habían desesperado y matado también.

En el mismo día, un anciano de más

de setenta años, falto también de pan y de resignación, se ahorcaba colgándose de una cuerda sujeta á un clavo del techo.

Y finalmente en la mañana anterior había ocurrido otro hecho no menos trágico. En el paseo de Halles (ó del Mercado), se habían oído gritos; una pobre mujer inclinada sobre el rostro de un niño de diez años tendido sobre el empedrado de la calle, lloraba y se desesperaba retorciéndose los brazos.

—¿Qué tiene el niño? le preguntaban

—¡Hambre! Se muere de hambre.

Un guardia tomó al niño en sus brazos y se lo llevó á la oficina de la calle de Bruvaires seguido de la madre que gritaba como una loca.

Al llegar tendieron al niño en una cama y trataron de aplicarle algún remedio, pero era tarde; la pobre criatura estaba moribunda. Á los pocos momentos cerró sus ojillos y despidiéndose de esta sociedad *filantrópica* que deja á los niños morir de hambre, se fué al cielo á buscar la de aquellos antiguos *fanáticos* que cuando vivían sequitaban los bocados de la boca para darlos á los pobres.

Averiguada la historia de este niño resultó que su madre llamada Maria Gantier, mujer de unos treinta años de edad, hallándose sin trabajo sin albergue y sin alimento, se había refugiado en el mercado. De día, se ocultaba, sin duda por temor á la policía *democrática* perseguidora incansable de los mendigos. De noche salían ella y su hijo á rebuscar en los montones de la basura y disputar á los perros vagamundos las mondaduras de legumbres ó los restos de las carnes medio corrompidas; pero llegó el día en que sin duda faltaron los despojos ó el estómago del niño no pudo tolerarlos y el niño murió.

Y esto ocurre en París, centro del mundo *civilizado*. En la capital de la *gran república* cuyo gobierno gasta millones en subvencionar teatros para que se divierta la gente; donde se adjudican miles de duros al caballo flaco que tiene más piernas; donde se mantienen los perros favoritos con pavos y gallinas; donde las gentes de buen tono

pagan por un plato antiguo cincuenta mil francos, y por un cuadro moderno treinta mil duros; donde se pasa la vida comiendo, bebiendo, celebrando *bata-llas de flores* y otras fruslerías.

¡Oh! civilización progresista, quien puede dudar que eres hermosa, y sobre todo alegre y divertida!

Con razón te burlas de aquellos tiempos de *fanatismo* en que un Juan el limosnero, patriarca de Alejandria daba á los pobres hasta los calzones. Verdaderamente aquellas jentes eran muy *fanáticas*, y en nada se parecían á tus hombres de hoy.

Cuenta la historia que el tal patriarca Juan, socorrió él solo durante cierta época calamitosa, á más de siete mil desdichados fugitivos de Palestina y Siria, que huyendo de los Persas se habían refugiado en Alejandria y estaban reducidos á la mayor miseria.

Y es que aquel hombre era un *retrogrado* que en vez de pensar en gozar y divertirse como nuestros modernos *sprit-fort*, moraba en una celdilla, dormía en una pobre cama y se tapaba con un cobertor hecho girones.

Oigan ustedes lo que dijo una vez que un señor amigo suyo, sabedor de la estrechez en que vivía por darlo todo á los pobres, le regaló un cobertor nuevo para la cama.

Dicen que aquella noche la pasó Juan muy desvelado, agitándose, dando vueltas y haciendo estas ó parecidas exclamaciones:

«¡Quién dijera que el humilde Juan tiene sobre su cama un cobertor de treinta y seis piezas de plata, mientras sus hermanos en Jesucristo están pereciendo de frío! ¡Cuántos, hechos un ovillo entre dos esteras, por no poder alargar las piernas, tiritan faltos de abrigo, ó bien pasan la noche en el monte sin pan y sin lumbre! ¡Cuántos pobrecitos á la hora esta, sin asilo á donde ir, yacerán por las calles de Alejandria sobre el duro suelo, calados por la lluvia! ¡Ay! y cómo quisieran ellos mojar los dedos en el caldo que mis cocineros espuman, ú oler siquiera el vino que se derrama en mi bodega, no siendo pocos los que pasan un mes ó dos sin ni siquiera probar aceite! — ¡Y tú que aspiras á la eterna bienaventuranza, tú bebes vino, comes buenos pescados, tienes segura morada, y aun se mejas á los iníquos en estar cómodo y bien abrigado bajo un rico cobertor de treinta y seis piezas de plata? Viviendo con tal relajación, no esperes gozar en la otra vida la felicidad de los Santos,

antes prepárate á oír la sentencia que se pronunció contra el rico Epulon, de quien nos habla el Evangelio: *Hijo, acuérdate que tú recibiste bienes en la vida, y Lázaro también males; pues ahora es él aquí consolado y tú atormentado* (*)

¡Bendito sea Dios! Hé aquí la primera y última noche que el humilde Juan se cobija bajo tan esplendido cobertor; pues en verdad, ¿no será justo y más agradable á Dios que del precio de esta manta se cubran ciento cuarenta y cuatro de los que, al igual que tú, son hermanos de Jesucristo, pues con cada pieza de plata puede comprarse cuatro cobertores pequeños?»

Y en efecto al día siguiente Juan el limosnero se apresuró á vender su manta y habiéndola comprado el mismo que se la regaló, volvió á regalársela otra vez, y el volvió á venderla, y así estuvieron regalando el uno y vendiendo el otro hasta que el caritativo Prelado dijo á su amigo: «Antes te cansarás tú de regalarme mantas, que yo de venderlas para socorrer á los necesitados.»

— ¡Cuanto fanatismo! exclamará tal vez algun progresista.

Es verdad contestaremos nosotros; aquella gente era muy *fanática*, muy *retrograda* y todo lo que usted quiera; pero entre tanto con aquella gente el pueblo no se moría de hambre. Aquellos *fanáticos* creían en Dios y en Jesucristo, estaba empapados en las verdades de su Evangelio y consideraban mas pesada carga ser ricos que ser pobres; así es que con sus doctrinas á los necesitados nunca les faltaba pan. Eran *oscurantistas* que no conocían aun la *beneficencia oficial*, ni los *bailes de caridad*, ni las *corridas de toros de beneficencia*, ni ninguno de los ingeniosos procedimientos con que la moderna filantropía liberal se libra hoy de las molestias de los pobres. Sus *rancias* ideas les hacían preocuparse exageradamente de los desvalidos, formar asociaciones de caridad como hoy hacen los *retrogrados* que aun les imitan; fundar asilos dotados de buenas rentas (que la *ilustración* se ha encargado de *desamortizar*) y hacer otra porción de sacrificios para dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y consolar al triste; mas vino la *civilización moderna* y á medida que empezó á cundir, los pobres se han visto en la necesidad de comerse los puños.

Lección que enseña que entre el *fanatismo* y el pan, hay exactamente la

misma relación que entre la *civilización* y el hambre.

A. C. y G.

Compuesto lo que antecede ha llegado á nuestras manos un periódico donde se lee lo siguiente:

«Cada día son más desconsoladoras las noticias que se reciben de Italia respecto á su estado económico. La miseria ha extendido su negro manto por toda la península; los trabajadores de las provincias acuden á Roma en busca de jornal que no encuentran; las quiebras comerciales aumentan cada vez más; la emigración á otros países sigue creciendo, y el socialismo, como consecuencia de todo esto, adquiere proporciones alarmantes. El Ayuntamiento de Roma ha pedido recursos al gobierno para salvar la situación y para hacer frente á las más perentorias necesidades; pero inútilmente; porque Crispi le ha contestado que establezca nuevos impuestos, lo cual es ya completamente imposible.»

¿Qué más pruebas necesitan los hijos del pueblo para convencerse de que la impiedad moderna, que no tiene entrañas ni quede tenerlas porque no tiene virtud, es y será siempre la causa de su perdición?

LOS FRAILES Y EL PUEBLO

En cuanto ha aparecido el cólera en España, se han apresurado las órdenes religiosas á cumplir como siempre sus deberes de caridad. En Sevilla, los RR. PP. Capuchinos se han ofrecido al Ayuntamiento para en el caso de que la epidemia invada aquella población dirigiendo al Alcalde Presidente una comunicación por conducto de su Superior que dice así:

«Enterado el que suscribe de las medidas adoptadas por V. E. para el caso tristísimo, que Dios quiera alejar, de que Sevilla fuese invadida del cólera que affije á algunos pueblos de España, y sabiendo que el edificio anexo á nuestro Convento se habilita para hospital epidémico, despues de consultar á mis Religiosos Hermanos, me apresuro á comunicar á V. E. que esta Comunidad se ofrece incondicionalmente desde hoy á prestar cuantos servicios puedan necesitar nuestros affijos hermanos, cumpliendo así aunque indignamente la elevada misión que han recibido de Dios nuestro Señor, é imitando en la medida de sus escasas fuerzas las heroicas virtudes de abnegación y caridad de que dieron en casos análogos tan hermosísimo ejemplo nuestros piadosos antecesores de grata y perdurable memoria.

Lo que por mí y en nombre de esta Comu-

EL PUEBLO Y LOS FRAILES

nidad pongo en conocimiento de Vuestra Excelencia para los fines consiguientes.

Dios guarde etc.,

El Ayuntamiento no ha podido menos de mostrar su agradecimiento por esta caritativa oferta pues le consta que no es un mero cumplido. Los Capuchinos han sido siempre de los primeros que han espuesto su vida en las epidemias por asistir á sus hermanos.

En la de 1648 el P. Francisco de Jaen, cuyo retrato se conserva en la Sacristia de los Capuchinos de Sevilla, trabajó con tan ardiente caridad y apostólico celo en la asistencia de los infelices apestados, que sucumbió víctima de su amor al prójimo, haciéndose digno del honor de *Venerable* y de que la posteridad admire sus virtudes. Y en el año siguiente, asistiendo á los coléricos, fallecieron tambien en Sevilla los PP. Capuchinos Fr. Agustín de Sevilla, Ambrosio de Martos, Francisco de Antequera y Manuel de Jaen; y los Hermanos legos ó coristas Fr. Alberto del Moral, Vicente de Antequera, Cosme de Villar, Diego Luis de Granada, Estéban de Martos, Antonio de Marquina, Leandro de Cádiz, Lorenzo de Pamplona, Miguel de Granada y Pedro de Pamplona.

Víctimas de la caridad murieron poco despues 18 religiosos Capuchinos, luego otros 43; y otros 34 en la epidemia de 1674 y 1678.

Tambien en la epidemia de 1800 fallecieron en la asistencia á los enfermos 31 Religiosos Capuchinos, entre los cuales son dignos de especial mencion por su incansable y ardentísima caridad el P. Fr. Pedro de Cartagena, que permaneció por espacio de 20 dias en el Hospital de los pobres constituido en el Convento de de la Victoria, donde trabajó dia y noche sin descanso hasta que fué contagiado y tuvo que retirarse á su convento por prescripcion facultativa, y no bien restablécido tuvo que ser enfermero de sus hermanos, que fallecieron en número de 31, segun queda dicho.

Otro de los Religiosos Capuchinos que tanto se distinguieron en la epidemia de 1800 fué el R. P. Fr. Salvador Joaquin de Sevilla (Padre Verita) que tantos consuelos prestó en esta ocasion en el Hospital de Triana, el cual, segun testifican los que le trataron, parecia un Angel iluminado del Cielo. Extendida la Epidemia por toda Sevilla, Fr. Salvador escogió la Parroquia del Sagrario como centro de sus apostólicas tareas haciéndose cargo de la administracion de los Santos Sacramentos: más como los Párrocos quisieran descansase en las deshoras, Fr. Salvador se ofreció al Párroco de la Magdalena en el tiempo que le quedaba libre en el Sagrario, siendo tanto su afán y su desvelo, que, atacado de la enfermedad, fué mayor el ardor de su alma que el de la maligna fiebre y ni aun un dia siquitra hizo cama, ni dejó un solo dia de celebrar el Santo Sacrificio y sin dormir ni dar reposo á su cuerpo, de dia en el Sagrario y de noche en la Magdalena, estuvo cuatro meses continuos que fué lo que duró la epidemia.

Hemos visto en el artículo anterior con la historia en la mano, lo que los frailes han hecho siempre con el pueblo: abramos ahora esa misma historia para ver lo que el pueblo hace con los frailes. La historia es muy entretenida.

Dice así D. Marcelino Menendez Pelayo en la suya de los *Eterodoxos Españoles* relatando la célebre jornada del 17 de Julio de 1834 ó sea la degollina de los frailes llevada á cabo aquel memorable dia por los llamados *amigos del pueblo*.

„Amaneció al fin aquel horrible jueves, 17 de Julio, dia de vergonzosa recordacion más que otro alguno de nuestra historia. Las doce serian cuando cayó la primera víctima, acusada de envenenar las fuentes. Otro infeliz, perseguido por igual pretexto, buscó refugio en el Colegio Imperial, y en pos de él penetraron los asesinos al dar las tres de la tarde. Lo que allí pasó no cabe en lengua humana; la pluma se resiste á transcribirlo. En la porteria del Colegio Imperial, en la calle de Toledo, en la de Barrio-nuevo, en la de los Estudios, en la plaza de San Millan, cayeron, á poder de sablazos y de tiros, hasta diez y seis jesuitas, cuyos cuerpos acribillados de heridas, fueron arrastrados luego con horrenda algazara, y mutilados con mil refinamientos de exquisita crueldad, hirviendo á poco rato los sesos de alguno en las tabernas de la calle de la Concepcion Jerónima. Uno de los asesinados era el padre Artigas, el mejor, ó más bien el único arabista que entonces habia en España, maestro de Estévez Calderon y otros.

„Los restantes jesuitas hasta el número de sesenta, se hallaban congregados en la capilla doméstica, haciendo las últimas prevenciones de conciencia para la muerte, cuando sable en mano, penetró en aquel recinto el jefe de los sicarios, quien, á trueque de salvar á uno de ellos que generosamente persistia en seguir la suerte de los otros, consintió en dejarlos vivos á todos, ordenando al grueso de los suyos que se retirasen, y dejando gente armada en custodia de las puertas.

„Eran ya las cinco de la tarde, y el capitán general como quien despierta de un pesado letargo, comenzaba á poner sobre las armas la tropa y la Milicia urbana. ¡Celeridad admirable despues de dos horas de matanza! Y ni aún ese tardío recurso sirvió para cosa alguna, puesto que los asesinos, dando por concluida la faena de los Reales Estudios, se encaminaron al convento de dominicos de Santo Tomás, en la calle de Atocha, y allanando las puertas, traspasaron á los religiosos que estaban en coro, ó les dieron caza por todos los rincones del convento, cebando en los cadáveres su sed antropofágica. Entonces se cumplió al pie de la letra lo que del *Córpus de Sangre de Barcelona*, escribió Melo: „Mu-

chos despues de muertos, fueron arrastrados, sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror que la naturaleza religiosamente dejó por freno de nuestras demasias; la crueldad era deleite, la muerte entretenimiento; á uno arrancaban la cabeza (ya cadáver,) le sacaban los ojos, cortábanle la lengua y las narices, luego arrojándola de unas en otras manos, dejando en todas sangre y en ninguna lástima, les servia como de fácil pelota; tal hubo que topando el cuerpo casi despedazado, le cortó aquellas partes cuyo nombre ignora la modestia, y acomodándolas en el sombrero, hizo que le sirviesen de torpísimo y escandaloso adorno. Mujeres desgredadas, semejantes á las calce-teras de Robespierre ó á las furias de la guillotina, seguia los pasos de la turba forjada para abatirse como los cuervos, sobre la presa. Al asesinato sucedió el robo, que las tropas, llegadas á tal sazón y apostadas en el cláustro, presenciaron con beatífica impassibilidad. Sólo tres heridos sobrevivieron á aquel estrago.

„De allí pasaron las turbas al convento de la Merced Calzada (plaza del progreso, donde hoy se levanta la estatua de Mendizábal.) Allí ridieron el alma ocho religiosos y un donado, quedando heridos otros seis.

„Ni siquiera las nieblas de la noche pusieron término á aquella orgía de caníbales. Seis horas habian transcurrido desde la carniceria de San Isidro, cuando los religiosos de San Francisco el Grande, descansando en las repetidas protestas de seguridad que les hicieron los jefes de un batallón de la Princesa, acuartelado en sus claustros, ponian fin á su parca cena é iban á entregarse al reposo de la noche, cuando de pronto sonaron voces y alaridos espantables, tocó á rebato la campana de la comunidad, cayeron por tierra las puertas é inundó los claustros una desaforada turba, tintas las manos en la reciente sangre de dominicos, jesuitas y mercenarios. Hasta cincuenta mártires segun el cálculo más probable, dió la Orden de San Francisco en aquel dia. Unos perecieron en las mismas sillas del coro, cuya madera conserva aun las huellas de los sables. Otros fueron cazados como bestias fieras, en los tejados, en los sótanos y hasta en las cloacas. Á otros el ábside del presbiterio les sirvió de asilo. Y alguien hubo que con pujante brio se abrió paso entre los malhechores y logró salvar la vida arrojándose por las tapias ó huyendo á campo traviesa hasta parar en Alcalá ó en Toledo. Los soldados permanecieron inmóviles ó ayudaron á los asesinos á buscar y á rématar á los frailes, y á robar los vasos sagrados. ¡Ocho horas de matanza regular y ordenada, y por un puñado de hombres, casi los mismos en cuatro conventos distintos! ¿Qué hacia entre tanto el capitán general? ¿En qué pensaba el gobierno? A eso de las siete de la tarde presentóse San Martín en el Colegio Imperial, habló con los jesuitas supervivientes y les increpó en términos descompuestos por lo del envenenamiento de las aguas. En cuanto al gobierno de Martínez de

La Rosa, se contentó con hacer ahorcar á un músico del regimiento de la Princesa que habia robado un caliz en San Francisco el Grande. Con todo, el clamoreo de la opinion fué tal, que hubo *pro formula* de procesarse á San Martin, separado ya de la capitania general. Aquí paró todo y huelgan los comentarios.

Si; huelgan los comentarios, pero no huelgan las *huelgas*, ni las *hambres*, ni las *epidemias*, ni las *desdichas* por que hoy está pasando el pueblo español y que no son si no los *comentarios* de Dios; porque como dicen luego, «Dios no se queda con nada de nadie.»

VARIEDADES

Una carta cristiana

Tal puede llamarse la que ha dirigido al Excelentísimo Cardenal Monescillo el célebre Peral inventor del submarino, contestando á la felicitacion de dicho prelado.

Dice así:

«Emmo. Sr. Cardenal Monescillo.

„Venerable y respetabilísimo Prelado: Acabo de recibir la inmensa alegría de leer su querida carta, sin más que la pena de saber que ha estado S. E. tanto tiempo enfermo cuando yo le creía desde hace tiempo restablecido. No sé si una caricia de mi padre (Q. E. P. G.) me produciria gozo tan grande como saber que me dedica Su Eminencia los primeros momentos de salud.

„Como síntesis de todos los sentimientos de gratitud que hacia vos experimento ¿me permite Su Eminencia que, tan pronto como mis deberes me lo permitan, vaya á Valencia á besar su mano?

„Un millon de gracias por el interés con que desea mis recompensas, pero estoy ya tan recompensado, que dificilmente podrán darme nada tan valioso como el amor que ya me he conquistado de todos mis conciudadanos, ni nada que me enorgullezca, como no sea el facilitarme los medios de realizar todos mis planes y hacer grande á mi patria.

„Por otra parte, Su Eminencia lo dice bien en su carta: «¡Bendita sea la sobriedad fecunda de los humildes!» La sublime virtud de la humildad, tan sabiamente predicada por Nuestro Señor Jesucristo, tiene más valor de lo que parece; ella me hace no desear ni necesitar nada, y me ha evitado los males que traen consigo los odios y rencores y otra porcion de pasiones que afortunadamente no conozco; no puedo ser, pues, más feliz de lo que soy. ¡Bendito sea Dios, que así me hizo y que tan visiblemente me protege!

„El conserve la preciosa salud de Vuestra Eminencia, y queda como siempre agradecidísimo á sus bendiciones, admirando su sabiduría y haciendo justicia á sus talentos, el que con toda el alma se honra ser su más obediente servidor q. b. s. m. — Isaac Peral.»

Indudablemente los *libre-pensadores* están de mala, No hay celebridad europea que no les resulte *retrograda* y *fanática* como dirian ellos, ó racional y cristiana que diriamos nosotros.

¿Si será que el verdadero talento está reñido con el *pienso libre*?

Algo hay de eso.

Pero consuélense

Si; consuélense los libre-pensadores por que si no tienen á su lado á los Peral, Edisson, Stanley, Pasteur, Eiffel etc., en cambio tienen á Gabarró; al célebre Gabarró, que de sacerdote católico se hizo pastor protestante, de pastor protesante pasó á maestro laico y de maestro laico ha pasado en Francia á regente de taberna.

Es la *cátedra* en que menos daño puede hacer á los parroquianos

Horrible estadística

Lo es la que han publicado los periódicos relativa á los crímenes cometidos en España durante el año 1889.

He aqui el resumen.

Número total de delitos perseguidos.	63,176.
Número de personas acusadas.	106,176.
De estas pudieron librar el cuerpo; ó lo que es lo mismo, fueron absueltas.	86,167.

Quedando por tanto condenadas solamente 40,009.

Para obtener este resultado, han tenido que ser traídos y llevados de aquí para allá como lanzaderas con el objeto de averiguar la verdad, 84,194 testigos cuyas dietas han costado á la nacion 353,454 pesetas; han tenido que consultarse 2,421 médicos, indemnizándoles con 25,230 pesetas y 2185 pésitos á los que ha habido que pagar 8955 pesetas. Añádase á esto los millones que ha costado durante todo el año el presupuesto de Gracia y Justicia y calcúlese á como viene á salirnos el castigo de cada *pecador*.

Pero no esto lo peor. Lo peor es que con todo este cúmulo de sacrificios, en vez de ir los crímenes para abajo van para arriba.

Nada menos que 501 suicidas han habido en España durante un solo año. De esto 189 se quitaron la vida con arma de fuego; 2 se asfixiaron por medio de ácido carbónico; 48 se ahogaron; 45 se ahogaron; 75 se envenenaron; 42 se arrojaron de alturas; y el resto se arrancó la existencia con arma blanca.

¡Triste cuadro! En él resulta fotografiado el estado moral en que nos hallamos. Mucha estadística, mucho discurso académico, mucha farándula y entre tanto la maldad creciendo como la espuma. ¿Por qué? Léase la siguiente preciosa poesia y se sabrá.

Santas cruces, santas cruces que alaron nuestros abuelos desde el pueblo á la colina que se alza á orillas del pueblo, conmemorando el sublime sacrificio del Cordero! Poco á poco, santas cruces, vais cayendo, vais cayendo, y conforme caéis...caen la paz del hogar doméstico y la paz de las naciones que á vuestros piés florecieron.

II.

Los que la triste estadística del crimen vais inquiriendo por aldeas y ciudades para impedir su progreso, en vez de ir al consistorio con tan generoso intento id á la santa colina que se alza á orillas del pueblo, y os dirán mejor que estados y judiciales procesos las cruces que halleis caidas cuántas virtudes cayeron.

III.

¡Noble tierra de Cantabria, en cuyos verdes oteros la religion y el trabajo tienen altares perpétuos! aun en tus oteros se alzan reverenciados y enhiestos los piadosos simulacros que alaron nuestros abuelos. Noble tierra de Cantabria, cuida de ellos, cuida de ellos, que cuando las cruces caen ¡ay de los pueblos!

Antonio de Trueba.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.